Estudios sobre las mujeres, el género y el feminismo *

Anna Fernández Poncela**

Las dos últimas décadas han sido fructíferas, como nunca antes, respecto a las investigaciones en torno a las relaciones de género, en la antropología, en particular, y en el marco de las ciencias sociales, en general. Y aunque los objetivos, las hipótesis de trabajo, los temas, las teorías, las metodologías

y las técnicas de investigación han ido variando en función de cada contexto espacio-temporal, el interés sobre esta cuestión ocupa hoy un espacio, ganado a pulso, en el marco del análisis social.

Este artículo es un resumen descriptivo y reflexivo, a modo de estado de la cuestión, sobre los enfoques, temáticas, obras y autoras, que en los últimos años han contribuido a la concepción teórico-metodológica de los estudios sobre las mujeres, las investigaciones de género y el feminismo. Se centra en la disciplina antropológica, intentando en todo momento no descuidar las importantes aportaciones y debates al respecto desde otras ciencias sociales.

* Este artículo pretende ser una revisión sobre la temática esbozada por el título; es por ello que más que un análisis y reflexión exhaustiva y profunda, se trata de una descripción, más o menos amplia, de los análisis y reflexiones elaborados por las obras de varias autoras al respecto, a modo de estado de la cuestión.

** Departamento de política y cultura. Universidad Autónoma Metropolitana. Xochimilco.

APROXIMACION EPISTEMOLOGICA Y CONCEPTUAL LA POLEMICA SOBRE EL PATRIARCADO (la década de los setenta)

El origen etimológico del vocablo «patriarcado» se deriva del poder de los padres en una época histórica concreta fijada según diversas fuentes en la antigua Mesopotamia (Lerner 1980); en los pastores nómadas, ancianos patriarcas que tenían poder sobre sus esposas y rebaños en el Nuevo Testamento; en la vieja Roma (Rubin 1986); o en las sociedades neolíticas descritas por Engels (Barbieri 1992).

Varias son las autoras que en la década de los años setenta lo hicieron suyo y se centraron en el vocablo, dándole el significado de poder masculino sobre las mujeres, quedando éstas subordinadas al mismo (Millet 1975; Firestone 1976; Mitchel 1977; Hartmann 1980; Eisenstein 1980):

Podemos definir el patriarcado como un conjunto de relaciones entre hombres, con una base material y que, si bien son jerárquicas, establecen y crean una interdependencia y solidaridad entre ellos que les permite dominar a las mujeres. (Hartmann 1980:86-87)

Inicialmente se utilizó para nombrar lo hasta entonces poco nombrado. Fue Kate Millet (1975) quien introdujo el término, tomándolo de la sociología weberiana. Esta autora persiguió remarcar el sexo como una categoría política; así el patriarcado consistía en la dominación del hombre sobre la mujer. Según ella, esta forma de poder era más rigurosa que la estructura de clases sociales y constituía

una ideología dominante que había penetrado profundamente en la cultura.

Sulamith Firestone (1976) afirmó que la mujer y el hombre constituían clases sociales con base en su sexo. Parafraseando a los clásicos del marxismo: la historia ha sido una historia de lucha de sexos, configurada sobre el ordenamiento reproductivo -maternidad- como base material encima de la cual se asienta la superestructura política, jurídica, económica e ideológica de la sociedad.

Algunas autoras desde concepciones marxistas abogaron por la vinculación entre el patriarcado y el modo de producción capitalista (Eisenstein 1980, 1984). En torno a la necesidad y a la vez dificultad de combinar ambos conceptos tuvo lugar una importante discusión (Hartmann 1980). El patriarcado se consideraba universal pero no ahistórico, ya que según la corriente del feminismo socialista era totalmente funcional al sistema capitalista (Eisenstein 1980).

El término fue criticado posteriormente y en algunos sectores desterrado, por considerarse que su utilización era universalista -abarcaba todo el planeta-, transhistórica -sin transformaciones o diferencias con el paso del tiempo-, ambigua -se usaba en contextos muy distintos-, uniforme y vacua (Mouffe 1984; Rowbotham 1984; Lerner 1990). Se empleaba de forma generalizada como sinónimo de dominación masculina, y a veces de manera reduccionista al aludir a un solo aspecto como origen de esa dominación -el trabajo para Hartmann, la fertilidad para Firestone, etcétera. Carecía de valor explicativo y ocultaba las diferencias (Sojo 1985; Benería 1985;

Rubín 1986).¹

LAS APORTACIONES DE LA CONCEPTUALIZACIÓN DE GÉNERO (la década de los ochenta)

Durante los años ochenta se llevó a cabo un interesante debate sobre el concepto «género» -impulsado desde el feminismo anglosajón: «genre»- como instrumento de análisis en las ciencias sociales y herramienta movilizadora en la práctica política. Muchas fueron las investigadoras feministas que se adhirieron a aquél con mayor o menor entusiasmo, pero dotándolo en los primeros tiempos de una interpretación semántica específica, útil y práctica.

Desde la definición «sexo-género» como «el conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana, y en el cual se satisfacen esas necesidades humanas transformadas» (Rubín 1986:97), varios aportes han coincidido en la importancia del género en la división sexual socialmente impuesta. Gayle Rubín (1986) destacó la diferenciación entre sexo y género, el primero como diferencia biológica y el segundo como identidad determinada por condiciones sociales y la relación hombre-mujer; desde un enfoque social, que remarcaba la importancia de los aspectos culturales y psicológicos.

Esta concepción pretende deconstruir la fetichización de la «naturalización» e «inevitabilidad» de

la dominación masculina basada en las diferencias de sexo, dentro de un orden de interpretación biologicista, anatómica y fisiológica -además de las causas atribuidas al contexto tecnoambiental (Oakley 1977; Ortner 1979; Reed 1984). A la vez se remarca la importancia de la «fuerza de la costumbre» y la «tradicción», esto es, la importancia del modelo cultural -creencias, costumbres, valores, etc.- a la hora de la configuración de los estereotipos y roles de género (Fernández 1993).

También se amplió el campo de investigación hacia otros aspectos, que algunas autoras fijaron en binomios dicotómicos relativamente superados, como «naturaleza» y «cultura» (Ortner 1979; Harding 1986), o «doméstico» y «público» (Rosaldo 1979; Barbieri 1991). Asimismo, la búsqueda de la dominación masculina o relación desigual entre los géneros con base en la «justificación» en el marco de la ideología y el modelo cultural, atribuida a la costumbre y «legitimada» en el mito y el simbolismo -desde el mito del matriarcado,² hasta los mensajes grabados en la narrativa tradicional (Martín y Voorhies 1978; Bamberger 1979; Reeves 1986, Fernández 1994). O la influencia de los cambios socio-culturales en la historia, que a pesar de su crítica han sido fructíferos a la hora de la reflexión -propiedad privada, división sexual del trabajo y familia monogámica (Engels 1981; Sacks 1979; Reed 1984). Y se han expandido dichas razones a un conjunto de diferentes

¹ Sin embargo, pese a las fuertes críticas que pesan sobre el concepto, todavía varias autoras lo utilizan y es fácilmente localizable en ciertos discursos de determinadas tendencias feministas.

² Sobre el supuesto mito de la existencia del matriarcado, según la antropología, pueden consultarse algunos clásicos de la disciplina: Maine, Bachofen, McLennan, Tylor, Lubbock, Spencer y Morgan.

factores ligados con la base de las sociedades humanas, en donde la biología puede ser uno de ellos, pero donde hay otros (Murdock 1949, 1967; Benedict 1967; Rosaldo 1979; Sullerot 1979; Mead 1982).

Según Marta Lamas: «La antropología ha establecido ampliamente que la asimetría entre hombres y mujeres significa cosas distintas en lugares diferentes.» (Lamas 1986:184), mientras que lo que se manifiesta constante es la diferencia entre lo masculino y femenino. El género aporta una manera nueva de plantearse viejos problemas, «...permite sacar del terreno biológico lo que determina la diferencia entre los sexos y colocarlo en el simbólico» (Lamas 1986:190) -productos y construcciones culturales materia de interpretación simbólica-, además de delimitar con más precisión cómo la diferencia cobra dimensión de desigualdad.

Joan Scott ha remarcado la importancia del poder en la relación y define al género como «un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen a los sexos [...] género es una forma primaria de relaciones significantes de poder» (Scott 1990:44). Esta autora considera imprescindible el estudio de varios elementos constitutivos, que aparecen interrelacionados en la realidad, para abordar el concepto género: símbolos y mitos culturalmente disponibles que evocan representaciones múltiples; conceptos normativos, interpretaciones de los significados de los símbolos; instituciones y organizaciones sociales de las relaciones de género, como el sistema de parentesco, y la identidad subjetiva.

Teresita de Barbieri comparte la definición de género de Rubín: «...el sexo socialmente construido» (Barbieri 1992:3) y coincide bastante con la de Scott. Para ella los sistemas de género son un conjunto de símbolos, representaciones, normas y valores, que las sociedades elaboran a partir de la diferencia sexual, y que da sentido a la satisfacción de los impulsos sexuales, la reproducción humana y al relacionamiento entre personas. Destaca como elementos de análisis empírico a tener en cuenta: el sistema de parentesco, la división social del trabajo, la persona, la ciudadanía y el estado, y la subjetividad.

Recientemente Marta Lamas nos recordaba que la antropología de género debe trabajar en el orden simbólico en el que la cultura elabora la diferencia sexual, y que el género es la simbolización de esa diferencia que nos estructura culturalmente (Lamas 1993). Y si bien antropología es mucho más que eso, es cierto que determinados enfoques han sido relegados y que es de suma importancia realizar una aproximación desde lo social, pero también desde lo simbólico (Moore 1991).

Resumiendo, el género quedó definido como categoría fundamental de la realidad social, cultural e histórica, y de la percepción y estudio de dicha realidad (Rubín 1986; Lamas 1986; Goldsmith 1986), que comprende un conjunto complejo de relaciones y procesos en términos de relaciones intergenéricas e intragenéricas; esto es, estudiar las relaciones entre los sexos y dentro de los sexos (Rosaldo 1980). Como categoría analítica incluye pero trasciende la definición biológica de

sexo, y hombres y mujeres son categorías de análisis socialmente construidas. Género es un conjunto de valores y creencias, normas y prácticas, símbolos y representaciones acerca de la manera en que se comportan hombres y mujeres a partir de su diferencia sexual, con significados sociales, psicológicos y culturales (Millet 1975; Oackey 1977; Rubín 1986; Lamas 1986,1993; Barbieri 1992).

Este concepto ha sido popularizado y con ello vapuleado -de ahí su cuestionamiento actual en algunos sectores- equiparándose al sexo de forma equívoca, o a mujeres en busca de neutralidad académica o legitimidad (Scott 1990; Barbieri 1992; Lamas 1993), lo cual lo ha llevado a una cierta resignificación vulgarizada que es peligrosa para su integridad semántica. Ciertas apropiaciones parciales viciaron y deformaron la capacidad analítica del concepto. Es por ello que ha habido señalamientos desde el feminismo que aluden a su asunción errónea y manipulación abierta por parte de las instituciones académicas, políticas y las agencias internacionales del desarrollo.³

Sin embargo, este vocablo sigue siendo central para el análisis social y es que «género es una «categoría», no en el sentido de afirmación universal sino, como sugiere el origen griego de la palabra, en el sentido de objeción y acusación pública, de debate, protesta, procedimiento y juicio.» (Bock 1991:61). Pero, y además, «si estas especificidades

de discriminación de la mujer son construidas social y culturalmente, entonces, pueden y deben ser modificadas cultural y socialmente: no abandonar nuestro sexo, sino deconstruir nuestro género» (Kirkwood 1987:15).

REFLEXION TEORICO-METODOLOGICA DE LOS ESTUDIOS SOBRE LA MUJER A LA INVESTIGACION SOBRE EL GENERO

En la presente década desde las diversas ciencias sociales se han venido reflexionando y remarcando las diferencias entre estudios sobre la mujer y estudios sobre el género y/o feministas, que pueden fijarse en los dos decenios pasados desde la mirada de la historia inmediata.

Fue en los años setenta cuando un grupo de mujeres tras varias escaramuzas teóricas en torno a la validez o no de las ciencias sociales por su carácter sexista y androcéntrico (Fox Keller 1978; Moreno 1988), se dedicaron a recabar conocimiento en torno a la situación de la población femenina en su cotidianidad. De ahí la creación de programas y centros en la academia, e institutos y departamentos especializados en la esfera gubernamental. Se trataba fundamentalmente de «visibilizar» y sumar las mujeres a la historia, la antropología, la sociología y la psicología, por citar las ciencias sociales que más han destacado en este aspecto.

Ya fueran descripciones de la vida de la mujer, trabajos sobre la búsqueda del origen de su subordinación, o revisiones de estudios realizados en cada disciplina, se reducían en su mayoría a enfoques empíricos y

³ A dicha crítica se suman por diferentes razones, ciertas corrientes posmodernas del feminismo, que al proclamar la «relativización de todo» también lo incluyen, sin por ello proponer alternativa.

concretos o reflexiones abstractas muy generales, de mujeres sobre mujeres. Positivos por el aporte de información y negativos al no ser muchos de ellos extrapolables, no estar problematizados, ni contribuir a la elaboración teórica de forma consistente, además de circunscribir el género, en numerosas ocasiones, únicamente a la mujer, no sólo obvian al género masculino sino olvidan su relación con las propias mujeres y para la configuración de la identidad de éstas -mujerismo lo llaman algunas autoras. Representativas de esta etapa son las obras que inician su redacción con la frase sobre recuperar «la mitad de la humanidad» negada y olvidada (Martin y Voorhies 1978; Lerner 1980). Es un periodo de urgencias, cuando el movimiento feminista que surge en varios países permea pequeños sectores de las ciencias sociales, siendo más que nada tolerado sin mayor influencia sobre dichas disciplinas (Farge 1991).

Sería en la década siguiente, en los ochenta, cuando con el conocimiento, información y experiencia acumulada se da un giro hacia el estudio ya no sólo de las mujeres, sino de la relación entre los géneros -intergenérica e intragenérica-, tras la reflexión y reconceptualización previa. Porque el estudio de las ciencias sociales sobre las mujeres no puede concernir sólo a media humanidad sino a toda ella (Randkau 1986; Nash 1984; Farge 1991; Bock 1991; Moore 1991; Kelly 1992; Ramos 1992).

Las temáticas relacionadas con el trabajo doméstico;⁴ la división del trabajo, producción y reproducción;⁵ los movimientos sociales, el movimiento feminista y la participación política;⁶ la

sobrevivencia en la crisis y el planeamiento al desarrollo;⁷ o el

⁴ Esta polémica en la cual se enredaron autoras marxistas feministas durante los años setenta, no dio resultados concretos y fructíferos más allá del reconocimiento de las tareas domésticas como trabajo y su menosprecio y ocultamiento en las estadísticas oficiales. Sobre la discusión pueden consultarse: Bentson, Seccombe, Dalla Costa y Selma, Gardiner, Harrinson, Coulson, Magas y Waintight, para citar únicamente a las autoras más destacadas.

⁵ En torno al debate entre producción y reproducción, también se ha vertido mucha tinta y no está en modo alguno definitivamente cerrado, si bien los aportes han sido muchos e interesantes. Sobre dicho tema puede consultarse especialmente a: Jelin, Largaña y Dumolin, Deere, Benería y Roldan, entre otras.

⁶ En la década de los años ochenta el estudio de la temática de los movimientos sociales cobró gran auge, paralelo a su experiencia en la realidad mundial y latinoamericana en especial. Entre otras cosas se detectó cómo muchos de ellos tenían una mayoritaria composición femenina, en función de sus intereses, objetivos y demandas. Por otro lado, también el movimiento feminista empezó a ser objeto de estudio. Y la participación política de las mujeres dio también sus primeras aportaciones. Para una revisión general de dicho tema, puede acudir a: Jelin y Feijoo, Bonder, Vargas, Astelarra, Barbieri y Oliveira, Ardaya, por citar algunas autoras destacadas.

⁷ La crisis económica, el ajuste estructural, las políticas sociales y las estrategias populares de sobrevivencia, fueron otros temas destacados en la bibliografía sobre las mujeres y las relaciones de género, en especial en el decenio de los ochenta. Para un primer acercamiento al tema pueden consultarse: Chueca, Arriaga, Berger y Bubinic, Huaman, Delpino, Portocarrero, Aguilar, por citar algunas especialistas de dicha temática.

desarrollo psicológico y la sexualidad;⁸ así como la revisión histórica, fueron destacadas. Pero además se ampliaron temas y metodologías, fuentes y técnicas de investigación, teorías e hipótesis. Fue una década muy productiva que reconceptualizó los estudios de género y abrió una amplia brecha en el panorama de las ciencias sociales, para su divulgación y profundización, problematizándolos, persiguiendo aunar la teoría con la práctica, la reflexión con la vida de cada día.

El estudio de la vida cotidiana, por ejemplo, fue de suma importancia; el enfoque que se centra en la subjetividad y la identidad femenina;⁹ el entrecruzamiento entre etnia, clase y género;¹⁰ y las relaciones de género en la globalización o el planeamiento al desarrollo.¹² Desde el feminismo de la igualdad hasta las tendencias actuales del posfeminismo -posestructuralistas o posicionistas- que tratan temas en relación con el discurso y la subjetividad en un contexto relacionado con el psicoanálisis y las teorías del significado,¹³ todos constituyen aportaciones destacadas y a tener en cuenta, al margen de la elección personal de

enfoques y tendencias dentro del diverso y variado mundo del feminismo actual.

Sobre los debates actuales destaca la discusión entre lo que se ha dado en llamar feminismo de la «igualdad» y feminismo de la «diferencia», y que tal vez será una infructuosa polémica como la desarrollada en torno al trabajo doméstico en los setenta.

No creo que la polémica esté superada, pero sí quizás en una situación más distendida: las más radicales defensoras del feminismo de la igualdad hoy en día hacen ciertas concesiones a los aspectos más valiosos al feminismo de la diferencia y viceversa. Salvo los casos más sectarios, las teóricas de la diferencia enfatizan sobre la base del reconocimiento de ciertos principios igualitarios. (Amorós 1990:46).

Esto es, si la diferencia se reivindica como derecho, es sobre una plataforma de igualdad, reconociendo que todo sujeto puede exigir ese derecho, y en esa medida es mi igual: «La crítica feminista no se basa en el estudio de la mujer, sino en el análisis de las relaciones de género y del género como principio estructural de todas las sociedades humanas» (Moore 1991:9).

ANTROPOLOGIA Y FEMINISMO

La antropología, a diferencia de otras ciencias sociales, ha estado siempre más próxima al estudio de las relaciones de género. Esto se debe a dos razones fundamentales: sus temáticas -parentesco, familia, hogar, socialización infantil, diversidad cultural, etc.- y sus métodos específicos -enfoque compara-

⁸ Este había sido un tema poco abordado, o tratado de forma indirecta tanto desde la psicología en general como desde algunas monografías antropológicas, pero en estos años cobra una renovada consideración e importancia. Véase: Chodorow, Eichenbaum y Orback, principalmente.

⁹ Para el tema una autora destacada es Heller.

¹⁰ Consúltese: De Lauretis, Jelin.

¹¹ Véase: Benería y Sen, Sacks, Stolke.

¹² Véase: Portocarrero, Elson.

¹³ Consúltese: Daly, Irigaray, Kristeva, Cixous, Alcoff, Amorós, De Lauretis, Barret, Weedon, Scott.

tivo de diferentes sociedades, metodología cualitativa, estudios de campo, conocer al «otro», etc.- directa o indirectamente acercaron la disciplina al análisis y reflexiones sobre hombres y mujeres de forma diferencial e interrelacionada. Por ello la relevancia de la antropología en los análisis desde la perspectiva de género ha sido siempre notable y abundante. No en vano «antropología», que en griego clásico significa «estudio del hombre», con el paso de los tiempos ha venido a ser «estudio del hombre y la mujer».¹⁴

Por todo ello, esta ciencia social desde temprano abordó la diferencia entre hombres y mujeres en extensos y cuidadosos estudios etnográficos, donde aparecían descritos los estereotipos y roles masculinos y femeninos, y las relaciones sociales y sexuales entre mujeres y hombres (Murdock 1967; Benedict 1967; Malinowski 1968; Evans-Pritchard 1978; Mead 1982, etc.).

En la década de los años setenta «la antropología de la mujer» se constituyó como una crítica directa de varias antropólogas al androcentrismo de la disciplina y a su tradición de desdibujar el papel social de las mujeres, restándoles importancia y colocándolas en segundo plano: invisibilizándolas y silenciándolas. A esto se unió el señalamiento de la transposición de modelos, actitudes, creencias y comportamientos de antropólogos y antropólogas. Este proceso de carácter crítico se realizaba paralelamente, o de forma combinada,

al rechazo de ciertos sectores en el seno de la disciplina, del etnocentrismo, el colonialismo y la explotación étnica y social.¹⁵

La desconsideración de la existencia del matriarcado (Martin y Voorhies 1978; Bamberger 1979), la ruptura del mito del hombre cazador-proveedor (Martin y Voorhies 1978; Linton 1979), la dependencia y pasividad de la mujer, así como la discusión sobre el origen de la discriminación (Sacks 1979; Engels 1981; Reeves 1986), fueron algunos de los temas álgidos en relación con el cuestionamiento de los sesgos androcéntricos de la antropología occidental. Desde diferentes enfoques teóricos de la disciplina -evolucionismo, funcionalismo y estructuralismo, fundamentalmente-, se revisaron las propuestas epistemológicas y se relevaron las etnografías con el fin de constatar semejanzas y diferencias del dominio masculino y la subordinación de las mujeres en todo el planeta (Reeves 1986). Se rompieron mitos, se reinterpretaron teorías y se concluyó, entre otras cosas, que la discriminación femenina no obedece a causas únicas, y que la mujer no es un ente universal. Sin embargo, muchas son las preguntas que quedaron por responder, entre ellas: ¿Cómo se crean y perpetúan las diferencias entre los sexos que subordinan a las mujeres en diferentes sistemas socio-culturales?

En el decenio de los años ochenta se empezó a hablar de «antropología del género» o «antropología feminista»; el objeto de estudio cambia de la mujer a las relaciones de género. La primera

¹⁴ Al respecto véase: Anna M. Fernández Poncela (1993) «De la antropología de la mujer a la antropología feminista», *fem.*, núm. 128, México.

¹⁵ *Ibid.*

estudia la identidad del género y su interpretación cultural (Moore 1991), y se trata de una aproximación a ambos sexos con sus variaciones enmarcadas en el contexto espacio-temporal (Di Leonardo 1991); la segunda considera el género como principio de la vida social humana (Moore 1991), y remarca la importancia de la interdisciplinariedad (Di Leonardo 1991). Sin embargo, en ocasiones dicha diferencia se diluye muy sutilmente en las investigaciones empíricas concretas o en las reflexiones teóricas generales.

En todo caso, se pasó de la visibilización y la simple sumatoria de las mujeres -en la cual desembocaron algunos estudios de la década anterior- a un nuevo propósito que buscó o busca reconciliarse con las diferencias reales entre las mujeres, además de describir y mostrar las diferencias en la ideología y las prácticas de la población femenina de todo el planeta. Pero sobre todo se centra en el estudio de los géneros, como categoría relacional contextualizada, y no sólo de las mujeres como grupo aislado o recorte sexual determinado (Moore 1991)¹⁶

reconociendo asimismo, que limitarse a «añadir» mujeres a la antropología tradicional no resolvería el problema de la «invisibilidad» analítica de la mujer, no eliminaría el efecto distorsionador provocado por el androcentrismo...La antropología feminista no se reduce, pues, a «añadir» mujeres a la disciplina, sino que consiste en hacer frente a las incoherencias culturales y analíticas de la teoría disciplinaria. (Moore 1991:16-17)

Así, una ciencia que nació como curiosidad del hombre renacentista y como instrumento geopolítico de dominación en la época colonial (Lévi-Strauss 1975; Llobera 1975), parece haber cambiado sus objetivos. Antropólogos y antropólogas no sólo sienten simpatías y tienen compromisos con los dominados y explotados -su sujeto de estudio muchas de las veces-, sino que la disciplina trabaja dentro de un compromiso ético por la liberación, en el caso que nos ocupa: profundizar en las causas y las consecuencias de la discriminación femenina.

Y si la antropología como disciplina ha prestado siempre atención a las diferencias culturales entre diversas sociedades, la antropología de las relaciones de género, o feminista, subraya las diferencias entre las mujeres -etnia, clase, generación-, porque ya se han descartado las explicaciones esencialistas, redondas, universales y con mayúsculas; y porque del estudio sobre las mujeres se ha pasado a la investigación de las relaciones de género, con un nuevo enfoque epistemológico y nuevos instrumentos metodológicos.

En los últimos años, además de los aportes de la antropología de género o feminista a la disciplina en su conjunto (Moore 1991), se ha llevado a cabo una reflexión en el seno de la disciplina misma, con objeto de revisar experiencias, redefinir teorías y métodos en un mundo de cambio rápido y constante como el actual (Quinn 1977; Ortner 1984; Goldsmith 1986; Grassi 1986; Lamphere 1987; Mukhopadhyay y Higgins 1988; Schlegel 1990; Meigs 1990).

Concretamente, en la antropología

¹⁶ *Ibid.*

de las relaciones de género se reveló la necesidad de trabajar combinando las condiciones socio-económicas con las dimensiones culturales, ideológicas y políticas, así como de superar el nivel descriptivo de los típicos estudios de caso, problematizándolos; abordar temáticas desde análisis complejos macrosociales, y también micro, para apreciar mejor la realidad social e interpretarla con más rigor; esto es, referir al trabajo un contexto comparativo más amplio y llegar a conclusiones más generales. A la vez se intenta aunar teoría y práctica: búsqueda de conocimiento y de su aplicación (González 1993).

El XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas celebrado en 1993 en México, dio cuenta de la importancia que para la disciplina está cobrando el estudio de las relaciones de género, y además desde un enfoque que en numerosas ocasiones puede ser calificado de feminista. Con más de treinta mesas y 150 ponencias, fue el tema de mayor recurrencia, y abarcó el amplio espectro temático y geográfico actual de los estudios antropológicos en relación con los géneros.¹⁷ Y es que la contribución de las investigaciones sobre las mujeres a la antropología ha sido novedosa e importante, llegando a permear en lo

¹⁷ Sobre la celebración de dicho congreso y la temática de las relaciones de género en la antropología en el mismo, véase: Anna M. Fernández Poncela (1993) «De la tribu a la aldea global. Largo camino de la antropología en el mundo», «página uno», núm. 620, *uno más uno*, 22 agosto, México; y (1993) «Relaciones de género, feminismo y antropología», «página uno», núm. 626, *uno más uno*, 3 octubre, México.

más profundo al pensamiento antropológico (Goldsmith 1986).

LOS GENEROS EN EL ANALISIS SOCIAL: NUEVOS ENFOQUES

Los estudios sobre las mujeres y la investigación sobre las relaciones de género y el feminismo, han marcado un hito importante en la historia y el desarrollo de las ciencias sociales, tanto en el nivel temático, como en los enfoques teóricos y metodológicos. Pocas son las personas de las que trabajan en éste ámbito que los desconocen; sin embargo, distan mucho de ser considerados y aplicados en su justa medida. El interés por los temas de género ha crecido en todo el mundo y también en América Latina, como varias autoras lo han constatado en sus obras;¹⁸ y abarca desde la realización de estudios individuales, programas y proyectos de instituciones públicas y privadas, hasta la recopilación de información de manera sistemática. Alrededor del año Internacional de la Mujer (1975) y propiciado por la Década de la Mujer de Naciones Unidas (1975-1985), se intensificó dicho interés. Pero también por la influencia de lo que se ha dado en llamar la segunda ola de feminismo y el no casual incremento de la inserción de las mujeres en el mercado laboral, en varias latitudes del planeta.

Durante estos años se ha recalcado la importancia de la interdisciplinariedad como propuesta de abarcar la

¹⁸ Sobre algunos trabajos que contienen dicha afirmación, puede consultarse: Barbieri, Jelin, Navarro, Guzmán y Portocarrero, Guzmán, Vinteuil.

amplia gama de conocimientos que precisan los estudios de las relaciones de género -sin por ello negar tampoco la importancia de la disciplina y la seguridad teórico-metodológica y temática a la hora de investigar. Se habla incluso del feminismo como propuesta académica y política integral, que como tal aborda todos los aspectos de la vida social. De hecho: «Exploran no sólo las dimensiones económicas de la participación femenina, sino también culturales, ideológicas, sociales y políticas» (González 1993:45).

Varios fueron los obstáculos y limitaciones que se dieron cita en los estudios de género de estas dos primeras décadas y que merecen ser motivo de reflexión, con objeto de obtener experiencias y de no repetir los viejos errores. Entre los problemas inscritos de manera reiterada en los estudios del género destacan, por un lado, la generación de conocimientos básicamente descriptivos, recortados espacial y temporalmente, y circunscritos a las mujeres; y por otro, las extensas obras que pretendían descubrir el origen de la subordinación femenina y versar desde su historia hasta nuestros días.¹⁹ Las dificultades de las ciencias sociales para aceptar las nuevas propuestas, desde posiciones claramente androcéntricas, han sido otra cuestión destacada al respecto (Westkott 1979; Moreno 1982,1988).

Por otra parte, las estudiosas se adscribían a diferentes enfoques políticos feministas,²⁰ todo lo cual ha provocado que se subrayaran algunos aspectos sobre otros, tanto en el nivel teórico como en el práctico. Ello, si bien enriquecía la discusión, a veces

producía una especie de corporativismo que esquematizaba las diferentes propuestas teóricas radicalizándolas, al desarrollar su identidad -pertenencia a un grupo y un enfoque- con base en la oposición o diferencia de otros grupos y enfoques, que dura hasta la actualidad.

Y dentro de esta variedad de propuestas encontramos tendencias feministas que se centraron -y se centran- en la división social del trabajo -la fuerza de trabajo femenina en la producción, el trabajo doméstico, la producción- desde una concepción más o menos próxima a la teoría marxista.²¹ Otras perspectivas enfocan el peso e importancia de la socialización infantil, la construcción del aparato psíquico y la maternidad, en relación con la psicología.²² Otras, desde las relaciones de poder y el conflicto social.²³ Y otras, desde una propuesta de simbología cultural.²⁴ La especialización fue buena y

²⁰ Desde el feminismo liberal (Betty Friedan, Gloria Steinham, Jo Freeman, etc.), radical (Kate Millet, Shulamith Firestone, Helen Diner, Robin Morgan, Batya Weinbaum, Christine Delphy, Lidia Falcón, etc.), cultural (Andrea Dworkin, Mary Daly, Susan Griffin, Kathleen Barri, Adrienne Rich, Rubin Morgan, Alice Schwartz, etc.), marxista y socialista (Eleonore Leacock, Sheila Rowbotham, Marilyn Boxer, Delia Davin, Elizabeth Croll, Michelle Barret, Norma Chinchilla, Zillah Eisenstein, Nancy Harstock, Lise Vogel, Heidi Hartman, Gayle Rubin, etc.), de la diferencia (Carla Lonzi, Michelle Barret, etc.), hasta la corriente posfeminista que tira con fuerza en nuestros días (De Laurettis).

²¹ Consúltese: Kergoat.

²² Véase: Chodorow, Saal, Gilligan, Horney, Dio Bleichmar, Burin.

²³ Al respecto destacan las obras de: Rubín, Astelarra, Sojo, Scott, Barbieri.

²⁴ Véase: Soper, Lamas.

¹⁹ Anna M. Fernández Poncela, *op.cit.*

mala a la vez, a veces reduccionista -ya que centraba el origen de la subordinación en un sólo elemento-, otras renovadora -al dar a conocer enfoques y temáticas poco profundizadas hasta la fecha y enunciar nuevas preguntas.

A pesar de errores y desaciertos en los estudios de la mujer, primero, y de los géneros más tarde, estas etapas históricas han sido imprescindibles para la elaboración de conocimiento sobre la situación social de las mujeres y el desarrollo de una identidad en los análisis al respecto; significó una especie de cambio paradigmático en el seno de las ciencias sociales (Fraser 1989). Una renovación que no sólo desembocaría en los estudios de las relaciones de género o feministas, sino que ha influido de forma decisiva trastocando conceptos, metodologías, teorías y enfoques de varias corrientes en las diversas disciplinas del análisis social (Sorj 1992).

Se habla en la actualidad de la falta de una teoría que contemple las relaciones de género en la amplitud y profundidad que se merecen. Sin embargo, en una época de cuestionamiento teórico importante y cambio considerable de paradigmas,²⁵ difícilmente se podría llegar a un acuerdo. La diversidad de posiciones es así propia de nuestro tiempo, lo cual no significa de ninguna manera «la relativación de todo» como señalan algunas propuestas posmodernistas, o el «fin de la historia y de las ideologías» desde un neoliberalismo a ultranza. Sencillamente, se ha de aprender a convivir con cierta dosis de eclecticismo sin por ello abandonar-

nos al «relativismo mal entendido», máxime teniendo en cuenta las características del feminismo y del análisis de la configuración, mantenimiento y reproducción de los estereotipos y roles de género.

Desde la definiciones conceptuales hasta la reformulación teórico-metodológica, las investigaciones de las relaciones de género están ganando espacios y reconocimiento con el lento devenir de las transformaciones graduales y durables, extendiéndose y diversificándose. Tanto es así que hoy, más que de ganar espacios se habla de ensancharlos, ampliarlos y profundizarlos. Y hablar de feminismo ya no es dialogar sobre la «bestia negra», como pudo haber sido en algún momento del pasado todavía reciente.

CONSIDERACIONES FINALES

Se ha pasado de los «estudios de la mujer» de la pasada década, que constituían una crítica directa al androcentrismo de las diversas disciplinas sociales e incorporaban la participación de las mujeres de forma descriptiva muchas veces y realizando a menudo un recorte social del sexo femenino, a la «investigación de las relaciones de género» que se centra en ambos sexos y los conceptualiza social y simbólicamente, así como a sus relaciones con el mundo, entre ellos y en el interior de cada uno.

A estas alturas, no cabe duda de que en las ciencias sociales y las humanidades el tema y la problemática de las relaciones de género y de la subordinación de las mujeres han sido aceptados -aunque no del todo ni sin

²⁵ Para una profundización sobre teoría de la ciencia, véase: Kuhn, Lakatos, Popper, Feyerabend.

muchas reticencias- y de que cada vez menos el feminismo es un epílogo, un recorte o un panfleto, sino que ha aportado su punto de vista a la teoría y metodología sociales, y se va inscribiendo en el quehacer académico de hombres y mujeres -lenta y gradualmente, como los cambios que perduran.

Si los primeros trabajos al respecto se difuminaban dentro de disciplinas y temáticas variopintas, o se destacaban a través de una lucha política frontal, ahora contienen datos acompañados de interpretaciones y, aún más, de alternativas y soluciones en muchas ocasiones, más allá de la típica denuncia que en su época tuvo sentido. Ya existe un bagaje; no se empieza desde cero descubriendo el hilo negro, sino que tres décadas de experiencias han dejado su fruto, y jóvenes generaciones se enfrentan al estudio con renovadas perspectivas y con un camino abierto.

Pese a ello hay posturas divergentes que coexisten de forma compleja y a veces desafortunada: por un lado, los sectores que reproducen pequeños estudios empíricos que repiten lo dicho hace años, empecinados en reiterar un discurso a veces victimista, otras combativo, siempre poco productivo y nada nuevo; por el otro, los grupos que creen en el borrón y cuenta nueva, y olvidan que la sociedad somos todas y todos, y que tenemos una historia, y una cultura mal o bien compartidas, aunque nos haya tocado el papel de actor secundario con apuntador. También están las arribistas que se cuelgan de un tema que sigue estando de moda, colocado por las agencias financieras como epílogo, y que da cuando menos cierta imagen de

prestigio. Luego vienen las jóvenes o las viejas peleonas de siempre, con diferentes veredas recorridas; las primeras saltando en los atajos, las segundas ya con un sendero dibujado bajo sus pies. Unas y otras estudian en el tema porque les gusta, porque quieren, por sentimiento de ética o con sentido político, por curiosidad académica o por instinto de género. Son sectores que, sin dejarse llevar según sopla el viento y con los pies sobre la tierra, van avanzando, trocando sus experiencias a cada nuevo paso, reconociendo los cambios, no deslumbrándose con las promesas y dando más y más prestigio a investigaciones todavía necesarias, a pesar de avances y cambios.

Para concluir, numerosas son las definiciones dadas, pero en estas páginas entendemos por feminismo «...una perspectiva teórica que cuestiona la existencia de roles de género 'naturales' o biológicamente determinados y un compromiso político de erradicar las desigualdades que se derivan de ellas» (Chinchilla 1982:215). Feminismo significa la lucha por la igualdad de derechos de la mujer y su liberación, es una actitud y un movimiento, «...se nos presenta como un concepto capaz de englobar una ideología y un movimiento de cambio socio-político fundado en el análisis crítico del privilegio del varón y de la subordinación de la mujer en cualquier sociedad dada» (Offen 1991:131). Y según algunas autoras: «...a partir de ahora el feminismo debe ser considerado, por derecho propio, como una importante ideología crítica o sistema de ideas de rápida evolución» (Offen 1991:129).

La teoría feminista debe abarcar el análisis de las instituciones, prácticas y discursos que reproducen la subordinación en todos sus ámbitos: producción, organización política, formas y relaciones familiares, etc. (Mouffe 1984). Porque los objetivos de la reflexión y la investigación feministas son enriquecer el conocimiento y el quehacer teórico pero también

contribuir al proceso de práctica política desde una posición ética, como la crítica a representaciones sociales que discriminan a las personas en función de la simbolización cultural de la diferencia sexual (Lamas 1993). Dimensión simbólica y social (Moore 1991) necesaria para el desarrollo de una antropología integral, crítica y útil a la sociedad (Llobera 1975).

REFERENCIAS

AMOROS, Celia, *Mujer. Participación, cultura política y estado*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1990.

BAMBERGER, Joan, «El mito del matriarcado: ¿por qué gobiernan los hombres en las sociedades primitivas?», en Harris y Young (comps.), *Antropología y feminismo*, Barcelona, Anagrama, 1979.

BENEDICT, Ruth, *El hombre y la cultura*. Buenos Aires, Paidós, 1967.

BENERIA, Lourdes, «¿Patriarcado o sistema económico? Una discusión sobre los dualismos metodológicos», en *Mujeres: Ciencia y práctica política*, Madrid, Universidad Complutense, 1985.

BOCK, GISELA, «La historia de las mujeres y la historia del género: aspectos de un debate internacional». *Historia Social*, núm. 9, Valencia, 1991.

CHINCHILLA, Norma S., «Ideologías del feminismo: liberal, radical y marxista», en De León, Magdalena (edit.), *Sociedad, subordinación y feminismo*, Bogotá, ACEP, 1992.

BARBIERI, Teresita de, «Los ámbitos de acción de las mujeres». *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1, México, 1991.

«Sobre la categoría género. Una introducción teórico-metodológica». *Revista Interamericana de Sociología*, núm.2, México, 1992.

DI LEONARDO, Micaela, *Gender at the Crossroads of Knowledge, Feminist Anthropology in the Postmodern Era*, Berkeley, California University Press, 1991.

EINSENSTEIN, Zillah (comp.), «Hacia el desarrollo de una teoría del patriarcado capitalista y el feminismo socialista» y «Algunas notas sobre las relaciones del patriarcado capitalista», en Eisenstein (comp.) *Patriarcado capitalista y feminismo socialista*, México, Siglo XXI, 1980.

«¿Qué es la corriente del feminismo socialista?», en *Jornadas de feminismo socialista*, Madrid, 1984.

ENGELS, Frederick, *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado. Obras Escogidas*, tomo III, Moscú, Progreso, 1981.

- EVANS-PRITCHARD E. E., *La relación hombre-mujer entre los aztecas*, Barcelona, Grijalbo, 1978.
- FARGE, Arlette, «Ensayo de historiografía». *Historia Social*, núm.9, València, 1991.
- FERNÁNDEZ PONCELA, Anna M., «La constitución del género a través de la cultura popular: cuentos y leyendas», en Ponencia III Coloquio PIEM, El Colegio de México, México, 1993.
- «Cuando las mujeres hablan o en boca cerrada no entran moscas. Las diferencias de género según el refranero popular». *Nueva Antropología*, núm. 46, México, 1994.
- FIRESTONE, Sulamith, *La dialéctica del sexo*, Barcelona, Kairós, 1976.
- FOX KELLER, Evelyn, «Gender and Science», *Psychoanalysis and Contemporary Thought: A Quarterly of Integrative and Interdisciplinary Studies*, vol 1, núm. 3, International University Press, 1978.
- FRASER, Nancy, *Unruly Practices. Power, Discourses and Gender in Contemporary Social Theory*, Minnesota University Press, 1989.
- GOLDSMITH, Mary, «Debates antropológicos en torno a los estudios sobre la mujer». *Nueva Antropología*, núm. 30, México, 1986.
- GONZÁLEZ MONTES, Soledad, «Hacia una antropología de las relaciones de género en América Latina», en González Montes, Soledad (comp.), *Mujeres y relaciones de género en la antropología latinoamericana*, México, PIEM, COLMEX, 1993.
- GRASSI, Estela, *Antropología y mujer*, Buenos Aires, Humanitas, 1986.
- HARDING, Sandra, «The Instability of the Analytical Categories of Feminist Theory». *Signs*, vol. 11, núm. 4, 1986.
- HARTMAN, Heidi, «Un matrimonio malavenido: hacia una unión más progresiva entre marxismo y feminismo». *Zona Abierta*, núm. 24. 1980.
- KELLY, Carol, «La relación entre los sexos; implicaciones metodológicas de la historia de las mujeres», Ramos Escandón, Carmen (comp.), *Género e historia*, México, Instituto Mora-UAM, 1992.
- KIRKWOOD, Julieta, *Feminarios*, Santiago, Documentos, 1987.
- LAMAS, Marta, «La antropología feminista y la categoría género». *Nueva Antropología*, núm. 30, México, 1986.
- «Algunas dificultades en el uso de la categoría género», Ponencia XXIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas, México, 1993.
- LAMPHERE, Louse, «Feminism and Anthropology. The Struggle to Reshape our Thinking about Gender» en Farnham, Christie (ed.), *The Impact of Feminist Research in the Academy*. Indiana University Press, 1987.

LERNER, Gerda, *The Majority Finds its Past. Placing Women in History*, Oxford University Press, 1980.

La creación del patriarcado, Barcelona, Crítica, 1990.

LEVI-STRAUSS, Claude, «Las tres fuentes de la reflexión antropológica», en Llobera, Josep (comp.), *La antropología como ciencia*, Barcelona, Anagrama, 1975.

LINTON, Sally, «La mujer recolectora: Sesgos machistas en antropología», en Harris y Young (comps.), *Antropología y feminismo*, Barcelona, Anagrama, 1979.

LLOBERA, Josep, «Introducción», en Llobera, Josep (Comp.) *La antropología como ciencia*, Barcelona, Anagrama, 1975.

MALINOWSKI, Bronislaw, *La vida sexual de los salvajes del noroeste de la Melanesia*, Madrid, Morata, 1968.

MARTIN, M. Kate y Barbara Voorhies, *La mujer: un enfoque antropológico*, Buenos Aires, Anagrama, 1978.

MEAD, Margaret, *Sexo y temperamento*, Buenos Aires, Paidós, 1982.

MEIGS, Ann, «Multiple Gender Ideologies and Statuses» en Reeves, Peggy y Rut Gallagher, (eds.), *Beyond the Second Sex. New Directions in the Anthropology of Gender*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1990.

MILLET, Kate, *Política Sexual*, México, Aguilar, 1975.

MITCHEL, Juliet, *Psicoanálisis y*

feminismo. Freud, Reich, Laing y las mujeres, Barcelona, Anagrama, 1977.

MORENO, Amparo, «Huellas de mujer en el pasado. Reflexiones en torno a partir del androcentrismo en la historia», en Varias Autoras, *El sexismo en la historia*, Barcelona, UAM, 1982.

La otra política de Aristóteles. Cultura de masas y divulgación del arquetipo viril, Barcelona, Icària, 1988.

MOORE, Henrietta L., *Antropología y feminismo*, Madrid, Cátedra, 1991.

MOUFFE, Chantal, «Por una teoría para fundamentar la acción política de las feministas», en Varias Autoras, *Jornadas de feminismo socialista*, Madrid, 1984.

MUKHOPADHYAY, Carol C. y Patricia J. Higgins, «Anthropological Studies on Women's Status». *Ann. Rev. Anthropol.*, 6, 1988.

MURDOCK, George P., *Social Structure*, New York, Macmillan, 1949.

Etnografic Atlas, Pittsburg University Press, 1967.

NASH, Mary, *Presencia y protagonismo. Aspectos de la historia de la mujer*, Barcelona, Serval, 1984.

OAKLEY, Ann, *La mujer discriminada. Biología y sociedad*, Madrid, Debate, 1977.

OFFEN, Karen, «Definir el feminismo: un análisis histórico comparativo». *Historia Social*, núm. 9, Valencia, 1991.

ORTNER, Sherry B., «¿Es la mujer con

- respecto al hombre lo que la naturaleza con respecto a la cultura?», en Harris, Olivia y Kate Young, *Antropología y feminismo*, Barcelona, Anagrama, 1979.
- «Theory in Anthropology since the Sixties». Society for Comparative Study of Society and History, vol. 26, núm. 1, 1984.
- QUINN, Naomi, «Anthropological Studies on Women's Status Revised: 1977-1987". *Ann. Rev. Anthropol.* 6, 1977.
- RADKAU, Verena, «Hacia una historiografía de la mujer». *Nueva Antropología*, núm. 30, México, 1986.
- RAMOS ESCANDÓN, Carmen, «La nueva historia, el feminismo y la mujer», en Ramos Escandón, Carmen (comp.), *Género e historia*, México, Instituto Mora-UAM, 1992.
- REED, Evelyn, *Sexo contra sexo o clase contra clase*, México, Fontamara, 1984.
- REEVES, Peggy, *Poder femenino y dominio masculino. Sobre los orígenes de la desigualdad sexual*, Barcelona, Mitre, 1986.
- ROSALDO, Michelle Z., «Mujer, cultura y sociedad: una visión teórica», en Harris, Olivia y Kate Young, *Antropología y feminismo*, Barcelona, Anagrama, 1979.
- «The Use and Abuse of Anthropology». *Sings*, núm. 5, 1980.
- ROWBOTHAM, Sheila, «Lo malo del patriarcado», en Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica, 1984.
- RUBIN, Gayle, «El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo». *Nueva Antropología*, núm. 30, México, 1986.
- SACKS, Karen, «Engels revisado: las mujeres, la organización de la producción y la propiedad privada», en Harris, Olivia y Kate Young, *Antropología y feminismo*, Barcelona, Anagrama, 1979.
- SCHLEGEL, Sherry B., «Gender Meanings: General and Specific», en Reeves, Peggy y Rut Gallagher (eds.), *Beyond the Second Sex. New Directions in the Anthropology of Gender*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1984.
- SCOTT, Joan W., «El género: una categoría útil para el análisis histórico», en Amelang y Nash (comps.), *Historia y género: las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*, València, Alfons El Magnànim, 1990.
- SOJO, Ana, *Mujer y política. Ensayo sobre el feminismo y el sujeto popular*, San José, DEI, 1985.
- SORJ, Bila, «O feminismo na encruzilhada da modernidade e pós-modernidade», en Oliveira, Albertina de y Cristina Brushini (comps.), *Uma questao de genero*, Sao Paulo, Fundação Carlos Chagas, 1992.
- SULLEROT, Evelyne, *El hecho femenino: ¿Qué es ser mujer?*, Barcelona, Argos Vergara, 1979.
- WESTKOTT, Marcia, «Feminist criticism of the social sciences» en McCarl Nieseln, Joyce (ed.), *Feminist research methods*, Boulder, Westview Press, 1979.